

EL HERALDO GALLEGO.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Director propietario, Valentín L. Carvajal.

GALICIA ANTE TODO.

Deus fratresque Gallaici.

GALICIA SOBRE TODO.

SUMARIO—La Emigración gallega, por V. L. Carvajal.—El indiferentismo religioso, por E. Trillo.—A orillas del Ulla, (perfiles gallegos) por A. Vicenti.—Las leyendas del conde, por J. Ojea.—A Feijóo, (poesía) por Emilia Calé.—A romería, (poesía), por E. A. Pertierra.—Variedades.—Revista Teatral.—Crónica local.—Anuncios.

LA EMIGRACION GALLEGA.

Mentira parece que haya todavía personas que se atrevan á sostener la conveniencia de la emigración en nuestro país, cuando esta, entre otras muchas, es la causa de nuestra postración y ruina.

No nos ciega tanto la pasión, para que neguemos lo que estamos viendo evidentemente, esto es, que la industria es apenas conocida en nuestro país, así como la agricultura y el comercio arrastran una vida lánguida y van desfalleciendo de día en día notablemente, á consecuencia de los crecidos impuestos que sobre ellos gravitan; mal, que va tomando serias proporciones á medida que aumenta lo crítico de las actuales circunstancias.

Es verdad, y la experiencia lo viene demostrando, que aquí no hay protección para nada, que las empresas más nobles

y patrióticas se abandonan por falta de ayuda, que los genios mueren de inacción después de luchar con mil imposibles, y en fin que el trabajo está mal retribuido.

Con estas desventuras que nos afligen, con estos males que nos agobian, pretender probar la conveniencia y necesidad de la emigración, además de ser antipatriótico, es un absurdo.

¿Qué ambicionan los emigrantes gallegos al abandonar la tierra que tanto aman? ¿Qué van buscar á las Américas?

Ambicionan conquistar una modesta fortuna para después volver á sus hogares y disfrutar una vida desahogada; van buscando trabajo, con el objeto de ver realizadas por medio de él sus más dulces ilusiones. ¿Lo consiguen? No, por desgracia.

La estadística nos demuestra que por cada cien que marchan solo vuelve uno, y para eso ¡cuantas y cuán grandes fatigas y sinsabores tiene que sufrir ésta para realizar sus deseos!

La emigración consume unas fuerzas preciosas que empleadas en el fomento de la agricultura é industria de Galicia, las elevarían á su más alto grado de prosperidad y esplendor.

Contrista el ánimo ver desaparecer la flor de nuestra juventud despues de nutrir con su fecundante sávia, tierras ingratas y estrañas, cuando en Galicia, existen terrenos incultos que trabajados convenientemente, podrian proporcionarnos riquísimos cereales; cuando se ven montes que pudieran darnos grandes riquezas consagrándolos al arbolado; cuando se miran correr numerosos saltos de agua que empleados en la industria serian el principal elemento de nuestra riqueza.

Es necesario no tener ni un átomo de amor pátrio; es preciso ser un gallego prostituido, para ver con impasibilidad ese cuadro de general destruccion.

Por eso todos los periódicos verdaderamente interesados por el bien y felicidad de Galicia, combaten enérgicamente y sin tregua la emigracion.

Por eso todos los buenos gallegos deben dedicarse á exponer ante los ojos de nuestros campesinos la verdad clara y desnuda, haciéndoles ver todas las desgracias y todos los horrores que la emigracion ocasiona, combatiendo de este modo la predicacion de aquellos que en bien de sus miras ambiciosas, la defienden y la patrocinan, alucinando á nuestros sencillos labradores con irrealizables promesas.

Nos oponemos á la emigracion, no por sistema, sino por conviccion profunda. No nos cansaremos nunca de combatir ese mal que debilita nuestras fuerzas, que aniquila nuestra juventud generosa y que es el gérmen de todas nuestras desgracias y ruinas.

En medio de tantos desastres. abrigamos una esperanza consoladora. La Empresa del ferro-carril de Orense á Vigo, entra en un período de actividad, por haberse encargado de la terminacion de las obras el rico propietario portugués don Manuel Leite y Riveira señalado por la opinion pública como modelo de actividad y honradez; el espíritu patriótico del

pueblo gallego se acentúa progresivamente. Cuando cruce la locomotora nuestras feracísimas comarcas, cuando el movimiento regenerador que en nuestra patria se observa, llegue á su mayor altura; entonces, revivirá la industria, adquirirá un creciente desarrollo el comercio, florecerán las ciencias y las artes y será fecunda y próspera la agricultura; entonces llegaremos á estirpar de raiz el cáncer de la emigracion gallega; entonces, nuestros paisanos encontrarán trabajo y fortuna en esta bendita y encantadora tierra que tanto aman y lejos de la cual padecen una inextinguible y cruel melancolia: morirán en la patria donde vieron la primera luz, y dejarán de ser las Américas el negro sepúlcro de la entusiasta y generosa juventud gallega.

¡Plegue al cielo que en un plazo breve ilumine el horizonte de nuestro porvenir el sol de tan venturoso como anhelado día!

VALENTIN L. CARVAJAL.

EL INDIFERENTISMO RELIGIOSO.

Entre los diversos males, que aquejan á nuestra Sociedad, es sin duda alguna, el indiferentismo religioso, uno de los mas graves y de mayor trascendencia.

Como todo lo que al espíritu humano afecta, como todo lo que hace relacion al orden moral, el indiferentismo religioso ejerce una fatal influencia en la vida de la Humanidad; sus perniciosos efectos, se dejan sentir en el seno de la familia, elemento generador de la Sociedad, y trascienden de allí, necesariamente, á las relaciones todas sociales.

El indiferentismo, mata la fé; esa antorcha divina que guia al Hombre sobre la tierra, y presta á su conciencia el íntimo convencimiento, de que la vida es áspero desierto, que está destinado á cruzar, siempre en perpetua lucha, lucha en que la victoria, no es patrimonio del mas fuerte ó hábil, sino de aquel, que guarda cuidadosamente en su alma, el perfume de la fé, y confia ciegamente, en el *Destino de la Humanidad*.

El indiferentismo, ahuyenta del corazón del Hombre, la esperanza; iris dichoso, que en lejano horizonte, marca el encantador Oasis, en donde encontrará el mísero peregrino, la fuente de eterna felicidad.

El indiferentismo religioso, engendrando en el espíritu humano, la apatía y el egoísmo, destruye por su base el único Trono, que siente en nuestros días, llegar á sus alturas el eco de la revolución, sin temor ni miedo, porque el rayo de la tormenta popular, hiere tan solo al Despota y opresor, viniendo á morir á sus gradas; y es ese trono, el de la Caridad, que por su naturaleza divina, flota siempre en el espacio, entre Cielo y Tierra, como la eterna manifestación de la bondad de Dios y el brillante destello de su amor infinito.

Despojad al Hombre de la fé religiosa, y desde ese momento, las mas bajas y ruines pasiones se desarrollaran en el, obligándole á arrastrar una existencia miserable; triste juguete no ya de las pasiones, sino tambien de meros movimientos sensuales. Todo sentimiento noble y generoso, desaparece, se disipa, al contacto del indiferentismo religioso; y en efecto, ¿cómo buscar elevación de ideas, dominio de la voluntad, proyectos grandiosos, en un alma, que sin fé en el porvenir, reconcentrada en el egoísmo del yo, que engendra luego el egoísmo social, contempla todo lo que en el mundo se realiza, con esa conformidad fatalista, plaga social que denigra al Hombre, y le rebaja al nivel del bruto? El indiferentismo, destruyendo las creencias de la Humanidad, sin cuidarse de reemplazar el vacío, que la falta de fé produce en el espíritu, le abandona á merced de si mismo, en el piélago del excepticismo y la duda; engendra el deseo inmoderado de goces, de emociones, y como para satisfacer esos deseos, es preciso poseer los medios al efecto conducentes, el Hombre, confiado tan solo á sus instintos, marcha á la obtención de esos medios, por el camino que juzga mas fácil, sin tener para nada en cuenta sus condiciones de moralidad, y de ahí esa concupiscencia, generadora de la inmoralidad y abyección, que por todas partes nos rodean.

El principio de autoridad hollado, la ambición de goces materiales, nunca satisfecha, la mala fé, la envidia, el mas repugnante egoísmo, la anarquía, ejerciendo un imperio absoluto, en las esferas todas de la vida social, en la familia, en el Municipio, en la Provincia, en el Estado: tal es el cuadro fiel que presenta una Sociedad, en que haya

hecho presa el *Indiferentismo religioso*. Nuestra desgraciada Patria, comienza á sentir, tambien en algo, las tristes consecuencias del indiferentismo mas por lo mismo que el mal es incipiente, de poco arraigo, y efecto en su desarrollo, ya que no en su origen, de circunstancias transitorias, mas que de causas permanentes; preciso es, que sin distinción de matices políticos, consagremos todos nuestros esfuerzos á perseguir el indiferentismo religioso, hasta su última trincheira, que no es esta cuestión de una clase ó partido determinados, sino un interés verdaderamente social. A los partidos avanzados, corresponde especialmente esta misión, por lo mismo que están muy interesados, en que las masas que acaudillan, dejen de ser un peligro constante para las ideas que sustentan, y en su consecuencia, para el definitivo triunfo de la *Democracia*. Ya que por desgracia, se ha sacrificado á un éxito inmediato, la educación de esas masas, es necesario hacerlas comprender, de hoy mas, que la Religión es la base de toda sociedad, y que solo con la fé religiosa, se regeneran las Naciones, y se salvan los Pueblos.

EDELMIRO TRILLO.

(Continuad.)

Á ORILLAS DEL ULLA.

PERFILES GALLEGOS.

IX.

LA FERIA.

Con razón se ha destinado para ella el primer día de cada mes, puesto que merece el honor de marchar á la cabeza de sus bulliciosas compañeras.

No hay, en tres leguas á la redonda feria mensual que pueda competir con la feria del Fojo.

A través de robledas y castaños se sube hasta la espaciosa meseta, situada en uno de los puntos culminantes de la Ulla y vestida de añosos pero opulentos árboles.

Limitando este campo, que es un cuadrilongo semi-regular, se estienden por la izquierda tres líneas paralelas de cobertizos atravesadas en perpendicular por otras mas cortas.

Cada cobertizo está dividido en celdas, ocupadas los días 1, mediante una pequeña re-

tribucion, por los mercaderes de las cer- canias.

El principal elemento de estas lonjas tras- humantes consiste en pañuelos de mujer, bayetas, paños y percales; siguen los pue- tos de navajas, tijeras, útiles de labranza, prendas de vestir, loza, papel, plumas etc., y la última casilla de cada calle corresponde a las confiteras, licores y aguardientes.

A lo largo de las paredes exteriores tie- nen su campo las vendedoras de pan ó fru- tas, los buhoneros y los expositores de es- tampas y rosarios.

Al frente se levantan una hermita y cin- co ó seis casas bastante espaciosas, á la puerta de las cuales oscila un elocuente ra- mo de laurel.

Por la derecha se pierde el terreno en fá- ciles ondulaciones cubiertas de bosques que descienden gradualmente, deteniéndose en algun valle poblado de maices, frutales y vi- viendas, hasta llegar á las lejanas orillas del Ulla.

Los robles seculares que entoldan la me- seta alcanzan prodigiosa elevacion é incom- parable lozania. Sus carreras, abiertas segun el capricho de la naturaleza, describen ele- gantes curvas, y la luz entra en ellas tami- zada por el follaje de la compacta bóveda con tanta suavidad como por los velados rose- tones de una catedral antigua.

Aun en lo mas ardiente del estio, circula por su interior un fresco aliento de brisas, que dobla al pasar la superficie desigual de las yerbas y arranca leves suspiros á las hojas secas que han caido antes de Otoño. Tanto es asi que el 1.º de Junio, á pesar del intenso ca- lor que aplanaba las mieses y adormecía á los pájaros dentro de sus nidos, respirábase á placer en la feria, concurrida y bulliciosa como nunca.

Gritos y mugidos, carcajadas y relin- chos, balidos é imprecaciones, revueltos en incesante confusion, flotaban sobre aquel hor- miguero, presididos por el agudo son de una campana que, tocando á las doce, parecia llevar la voz cantante del monótono con- cierto.

Admirable de ver era el conjunto.

Los caballos y bueyes se hallaban de tal modo aglomerados, que pare deslizarse entre ellos, tenían necesidad los chalanes de acer- car el hombro al cuarto trasero de las bestias y empujar despues con brio. Entre unos y otros permanecian de pié las campesinas apo- yadas melancólicamente en la vara de agu- jar (aguillada) y jugando con la cuerda de sus pacificas yuntas.

Delante de los cobertizos, sus madres ó hermanas mayores, sentadas sobre los talo- nes, ofrecian al transeunte, con voces des- compasadas, cerezas, unto, huevos, nata, lienzo del país ó broná.

Entre los claros del movable *pandemo- nion*, se descubria á veces alguna pipa suje- ta á un carro, cubierta de ramaje y rodeada de numerosos fieles, ó subia el humo de al- gun fagon improvisado con cuatro piedras, sobre el cual una vieja espeluznada freia en pocos minutos centenares de sardinas.

Entretanto, por las puertas de las cinco tabernas entraba y salia una impaciente mu- chedumbre, y ante las cocinas, dispuestas al aire libre en cobertizos dependientes de cada casa, gesticulaba y se revolvia un tor- bellino humano.

Era llegada la hora de comer y todos acudian en demanda de provisiones.

Un mozo, colorado y grueso, con aspecto de sacristan, se insinuó poco á poco, valién- dose de los codos y de buenas palabras, á través de la multitud hasta llegar á la prime- ra fila

—Maripepa—dijo entonces con voz ruda á una cocinera al par que le alargaba una an- cha fuente—merluza para mi amo.

—Ya podria esperar el señor cura,—mur- muraron algunos díscolos, reconociendo al criado—antes que tu habiamos pedido nosotros.

El mozo los miró por encima del hombro y recogió la merluza.

—¡A mi ahora! ¡a mi ahora! clamaron á una voz los circunstantes.

—Calma, muchachos prosiguió aquel, an- tes de servirlos es preciso que Maripepa ade- rece con un real de aceite el pescado; y me dé enseguida cuatro de pulpo, añadió alar- gando otra fuente.

A pesar de las protestas generales, Mari- pepa regó convenientemente la merluza y sumergiendo el desnudo brazo en un gran caldero, lleno hasta el borde de cierto caldo negruzco, extrajo dos pulpos y los cortó en pedazos á favor de una descomunal tijera.

El mozo se retiró por fin llevauo en triunfo sus dos platos para ir á incorporarse con tres presbíteros rurales que lo esperaban *bucólicamente* tendidos *sub tegmine fagi*.

Hubo un instante en que reinó un silen- cio relativo en la feria. La mayoría de los concurrentes se dedicaba con religioso fer- vor á satisfacer las exigencias del apetito.

Ciase un rumor de quijadas que alegraba el alma y se repercutia en el estómago.

Los irracionales mismos rumiaban mas

gravemente el manojó de yerba tendido á sus plantas.

A la sombra de un roble, unas cuantas graciosas señoritas, recojida el halda de sus vistosísimos trajes, saboreaban la carne con pimentón ó el pulpo en aceite, sirviéndose á guisa de tonedor de un mondadientes ó una horquilla.

Recostado contra un muro, un hidalgo de gotera, cortaba con su navaja (que mejor parecía daga de sus tatarabuelos) sendos pedazos de pan y jamón que, al subir desde la mano á la boca, eran vigilados atentamente por el criado que tenía del diestro los caballos y por un mastín que manifestaba su emoción con la cola.

Algo más lejos parecía dichosa con un plato de sardinas y una libra de pan de trigo una familia de labriegos. Delante de estos se extasiaban tres ó cuatro escribas y caciques en la contemplación de un pastel cuyas entrañas no había soudeado aun el cuchillo.

Y en todas partes circulaba con profusión el viñillo de la tierra.

Un ciego con su zanfona á la espalda iba de grupo en grupo improvisando tercetos que completaba siempre el lazarillo al compás de las provocativas conchas.

Pero una nube de pordioseros disputaba enearnizadamente los mendrugos de la caridad al buen Homero campesino.

ALFREDO VICENTI.

(Concluid.)

LAS LEYENDAS DEL CONDE.

XXIX.

—¡Dios mío!— Escaló Enide—¿No ves las mariposas?

—Si, allí giran sin tino...—Contestó Alfonso inquiriendo con la mirada á todas partes.

—¡Tengo miedo!—Volvió á decir Enide estrechándose á su amante.—

Alfonso besó la frente de la hija del conde estremecido por un movimiento de hondísima ternura, y hablóle de esta suerte:—

—Mi amor te guarda, amada mía;—siento celos de ese sentimiento que aun puede penetrar en el pecho que yo deseaba ocupase mi nombre solamente.

La hija de Unaldo se abandonó desfallecida

en los brazos de Alfonso, y,—semejante á la inspiración del génio lírico de Haydn ó Mozart brotando de la cuerda armoniosa como los pensamientos rimados de un poema de Virgilio,—exclamó:—

—¡Ay! Pero el temor es la muerte para mí...

—Esta noche soñé que una sombra, cuya visión me llenó de espanto, me arrebatara del pecho el retrato de tu madre que guardó aquí...

—Pero la sombra huyó.—Contestóle Alfonso

—Tu eres mía, y este nudo con que mis brazos te sujetan á mi pecho nadie tendrá poder para romperlo mientras aliente mi existencia.

—El aire me ahoga...—habló otra vez Enide con marcada dificultad—á penas puedo respirar: las llamas que consumieron el castillo de mi padre parece que las siento correr ahora por mis venas.

Calló un momento, buscó con los suyos los ojos de su amante, hablóle con ellos no sé que misteriosas y terribles palabras, y, con el alma evaporándose en sus pupilas, le dijo:

—¿Recuerdas aquel pajarito que piaba al pie del sauce?... ¡Ay! Yo soy la hechicera de la muerte...

Enide aspiraba con vehemencia el aire de la atmósfera, como si dentro de su pecho hubiesen estallado las llamas voraces de un incendio, y los tonos suavemente azulados que marcaban el movimiento de la vida bajo su cutis de azucenas habíanse oscurecido; sus venas se habían inchado; á la palidez de su rostro había sucedido la coloración de la escarlata; sus labios ligeramente fruncidos hacía los extremos de la boca, habían tomado una singular expresión; de sus ojos, que empezaban á retirarse bajo el arco de las cejas, despedía una luz semejante á las fosforescencias que brotan de las tinieblas; y aquel crepúsculo de esos dos astros que iluminan el cielo de la vida con los fúlgidos destellos de la pasión y del génio,—verificándose á la sombra de unas pestañas donde se detenían las sombras;—como un sol que agoniza entre efluvios teñidos por el melancólico Octubre; y aquellas pupilas humedecidas por una lágrima de insondable amargura inundaban el alma de Alfonso con el acibar de todos los dolores, de todas las pesadumbres y de todas las tristezas del humano espíritu.—Inclinó bajo

aquel peso su cabeza hasta tocar los ardientes labios de su adorada con los suyos y llamó con toda la ternura de su alma:—

—¡Enide!...

Enide hizo un movimiento con la suya, que tenia como muerta sobre el pecho de Alfonso, y le miró de una manera indefinible. Alfonso tembló:—aquella mirada se clavaba en su alma como una saeta de frio acero impregnada de letal veneno. Un vértigo pasó por su cabeza, oscureciéndosele la vista y vacilo sobre sus piés.—Enide dijo entonces:—

Todo gira en torno mio; .. dentro de mi pecho hay una hoguera: .. me abrasa la sed. ..

Reunió, Alfonso, algunas hojas y musgos del suelo, depositó á su idolatrada amante en aquel lecho de Atala, y despues de humedecer los labios de Enide con el agua del arroyo, sentose á su lado recogiendo en sus rodillas aquella cabeza encantadora.—La hija de Unaldo, colocó su mano tibia sobre la de Alfonso y llevándola á su corazon le dijo:—

—Siento morir... ¡Era tan feliz!... Tu habias elevado mi espiritu á una region de ideas desde donde veia todo sonreir. Dias felices, horas encantadas que pasaron como un sueño.... ¡Ay!.. Esta mano, amado mio, que tantas veces calmó las inquietudes de mi pecho ya no puede detener esta fatiga que aumenta á cada instante. . ¡La muerte estaba envidiosa de mi dicha!..

Alfonso tenia su alma sumida en los mas funestos temores; el dolor de su corazon le quitaba la voz y apenas pudo decir á su adorada:—

—¡Enide! amada de mi alma... Ten confianza en Dios: no será esto mas que un acceso de la fiebre que en breve cesará.

—¡Ah!—repuso la hija del conde—tu serás el pajarillo que ha de jemiir sobre mi tumba; yo oiré tu lamento al través de la yerba que crecerá sobre mi sepultura, y te esperaré impaciente para consolarte.

Las lágrimas de Alfonso cayeron ardientes sobre el rostro de Enide que al sentir aquella lluvia del corazon exclamó:—

—Este será el rocío que verterás sobre el lugar donde descansa para siempre tu adorada, y que yo recibiré como una bendición... ¡Mi fortuna era

tan grande!.. ¡Cuan breves fueron los instantes de nuestra venturosa vida!..

JOSÉ OJEA.

A FEIJÓO.

En el 199 aniversario de su natalicio, celebrado por la «Galicia Literaria.»

Hoy desde el cielo sereno
de una comarca divina
brillante el sol ilumina
un dulce rincón ameno.
En él, de recuerdos lleno,
vive perenne y fecundo
el de aquel Genio profundo
que cuando el lábio lo nombra,
ante su gloria se asombra
y absorto lo escucha el mundo.

Entre el polvo del olvido
duermen las generaciones;
se alzan modernas naciones
sobre las que ayer han sido.
Con el tiempo confundido
pasa el esplendor humano,
y el hombre en su orgullo vano
ve al fin que todo perece
y solo el genio merece
ser del mundo el soberano.

Astro que radiante alumbras
las páginas de la historia,
y en el lleno de tu gloria
con tu resplendor deslumbras:
ya que laureles columbras
por pedestal á tu planta,
oye el himno que levanta
la fama que en tí se inspira,
ofrecido por la lira
del poeta que hoy te canta.

Galicia, no ya abatida
te muestres en tus azares;
recuerda que en tus hogares
hermoso el genio se anida.
Si hay una voz maldecida
que te escarnece y te infama,
el nombre de *Feijóo* aclama
y al mundo repite altiva,
que en tanto su fama viva,
vivirá también tu fama.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Madrid, 8, Octubre, 1875.

A ROMERIA

IV.

(Conclusion.)

Tales as conversas son
Que s' oyen n-a romería.
Mientras ó leito dispon
O sol, que lonxe se pon
Despidíndose d'o dia.

En tanto qu' as castañetas
Siguen c' a gaita soando,
E as mozas non s'estan quietas,
Sofrindo os bicos e apretas
Qu' os mozos lles van cascando.

Mentras se sinten os cans
Ladran n-o medio d' as eiras
Repenican as campanas
E cantan roucas as rans
N-os herbales e as silveiras.

V.

E de noite; acompañada
De estrelas reloz' a lua
Sin brétoma e despexada,
Chia o sapo entra horballada
herba, e o moucho lonxe brua.

D'a silveira entre as espiñas
De lus o verme, alumea,
E a casa d' avelaiñas
O morcego tortas lñas
N-o aire escribe e voltexea.

Murmurando docemente,
A terra lambe o regato
Qu' arrastra á sua corrente
E o grilo chifrar se sente
A porta d'o seu burato.

E esa hora triste e estraña
Qu' os homes fai poñer serios;
Hora en que sal á compañía
E en qu' os defuntos con maña
Fúxense d'os cimiterios.

Valeiro xa vai quedando
D'a romería e sitiño,
E a sua aldea marchando
Mozos e mozas cantando
Van pol o branco camiño.

Xa se calou o gaiteiro
Qu' a gorxa pensa mollar
C'o señor Bras o caseiro,
Detras d'o que vai o cheiro
D' algo quente que cear.

Xa as tendas se desfíxeron,
E os donos van recollendo
Canto d'a vila trouxeron,
E as cousas que non poderon
Ir n-este día vendendo.

C'as d'a sua aldea, Rosa,
Váise tamen retirando
Algo triste e pesarosa,
A vista atrás coidadosa
Volvendo de cando en cando.

¿Que xúncas ten? Qu' a de ter,
Qu' Anton de maneira estraña,
Onde se foi sin saber,
Marchouse e non vai volver
Pra ir n-a sua compañía.

Por eso arrinca d'o seo
Un sospiro caladiño,
E os celos de que está cheo
Salenlle'os ollos de ceo
En vágoas que can pasiño.

Mais... ¿Qué demo de runxido
Dende lonxe trai o vento?
De paus samella o estalido,
Que misturado hastra o oido
Chega d' algun xuramento.

Pero, cala, ahí ven Anton
Correndo ¡conxenicado!
¿Non trai n-a testa un chichon
E o novo-y-azul calzon
D' enriba embaixo rachado?

¿Qué lle pasou? Cal braseiro
A cara bótalle lume,
A torno, como un carneiro
Sangra, e un ollo casi inteiro
Non se lle ve ben c'o inchume

«¿Qué tiveches?» Dille Rosa
Treinando toda asustada,
Mentras a cara chorosa
Enxuga axiña coidosa.
Y-el contesta «non é nada.»

«Un mozo qu'a festa veu,
D' aló d'o Ponte d'a Rocha,
Alumeoume, enton eu
Sacodínlle, el sacodeu,
E os dous lambemos n-a cocha,

O ver esto os conecidos,
Collen as mocas c'as maus,
E en dous bandos divididos,
Enlianse siu compridos,
Sacodindo unha de paus.»

«¡Diño! O que sinto e o rachon
Que cando estaba enliado
N-esta perna d'o calzon
Level, qu' abofé d' Anton.
Caracho, foi amocado.»

«Pero será un bo escarmento
E hame d' acordal-o día,
Porqu' inda que viva un cento
De anos, primeiro revento
Que volver á Romería.

EDUARDO ALVAREZ PERTIERRA.

Santiago, 1875.

VARIEDADES.

El 11 del actual, ha fallecido en Santiago el alumno de la facultad de Medicina en aquella Universidad, D. Antonio Medina y Feijóo, hijo de nuestro querido y respetable amigo D. Antonio Medina y Canals, digno gobernador de la provincia de Lugo.

El malogrado jóven baja al sepúlcro cuando se hallaba próximo á recibir el pre-

mio de su aplicacion y desvelos literarios; deja un vacío entre sus numerosos amigos, y un inmenso dolor en el seno de su apreciable familia, á quien enviamos nuestro sentido pésame.

Después de una prolongada interrupcion, ocasionada por una enfermedad de su distinguida directora D.^a Enriqueta Lozano de Vilches, hemos recibido la agradable visita de la amena revista *La Madre de Familia* que ve la luz en Granada. Nos alegramos en extremo de que la ilustrada escritora Sra. Lozano de Vilches, haya recobrado la salud.

En la Coruña se recibió con general desagrado la representacion de la Zarzuela *El Tributo de las Cien Doncellas*, letra del señor García Santisteban, á causa de haber notado el público en ella, algunas frases ambiguas que hacian poco honor á las bellas hijas de Galicia. Con este motivo, el ilustrado poeta D. Francisco M. de la Iglesia, publicó en *El Anunciador*, unos inspirados versos escritos en la daleisima y armoniosa lengua gallega. En ellos, después de reseñar el hecho histórico del cual fué teatro la *Torre de Fiqueroa*, venos con inefable gozo, el siguiente rasgo de justa indignacion y patriotismo:

Galicia non foi escrava
Que foi de cote á primeira
En desfacerse de cantos
Quixeron véla suxeta.

Figueroas, Figueroas,
A vó-a gloria d' aquela
Deixou monumento eterno
Da independencia gallega.
¡Cale, Santisteban! ¡cale!
Teña á sua lingua queda
Que a honra das nosas filas
Oxe manciállar se empeña.

Estudie millor á Historia,
Fala é costumes gallegas;
E Xusto será de cote
Así qu' ilustrado sea.

Hemos recibido los primeros números de *La Muñeira* periódico semanal que se publica en la Coruña bajo la direccion de D. José M. Astray. Enviamos un cariñoso saludo al nuevo colega y le devolvemos la visita.

REVISTA TEATRAL.

La trenza de sus cabellos, drama en tres actos en verso, por D. Tomas Rodriguez Rubi.

Los Franceses en España, drama en tres actos y un prólogo, en verso, por D. Antonio Mendoza.
Un amor ultra-platónico, un pretendiente des-

pechado que apela á la calumnia para vengarse, recibiendo, descubierta esta, la muerte por manos del que amaba en silencio á la calumniada y era por ella correspondido; dos amantes que se vuelven locos, él por su aciaga credulidad y ella por ver su virtud mancillada; un doctor que aplicando el celebrado principio, *similia, similibus curantur* vuelve la razon de una manera que sorprende á estos dos enamorados, uno que perdona la injusta desconfianza, crigen de tantas desventuras, y otro que parte á la guerra para conquistar gloria y hacerse en un todo digno de la mano de su amada; tal es en conjunto *La trenza de sus cabellos*, drama del Sr Rodriguez Rubi, el cual seguramente no habrá contribuido mucho á formar la envidiable reputacion de que goza.

En el desempeño, se distinguieron los Señores Sepúlveda D. Sixto y D. Sebastian.

Los Franceses en España (y no en Orense), es un drama altamente patriótico y en el cual abundan escenas interesantes que ponen de relieve la nobleza é independencia, ya proverbiales del carácter español. Esta obra fué vivamente aplaudida y en su ejecucion estuvieron al nivel de sus respectivos papeles la Sra. Sepúlveda D.^a Sacramento y los Sres. Sepúlveda y Amoretti. Una novela *curiosa* observamos y en virtud de ella, nos permitimos hacer al Director de escena la siguiente pregunta: ¿En 1813 era conocido nuestro popular Himno de Riego?

No tenemos la costumbre, en nuestras ligeras revistas, de hacer mencion de los juguetes cómicos que se representan, mas el ejecutado en la noche del juéves ultimo, es original de un jóven amigo y paisano nuestro, y si quiera sea por esta consideracion debemos consagrarle algunas lineas. Se titula *Un novio para Rosita*: su autor D. Rogelio Cibeira. Tal vez las creencias que profesamos acerca de la literatura dramática, nos induzcan á dar un amistoso consejo, desposeid. s de toda pretension y guiados solo por la simpatia y cariño que al autor profesamos. Si esta clase de composiciones, requiere ademas de un conocimiento no superficial del corazon humano, viveza en la accion, naturalidad en los caracteres y sobre todo ese especial aticismo que particulariza este género haciendo que pocas alcancen legitimo nombre de juguetes cómicos, si en resumen, abrigamos la conviccion de que un público ilustrado es mas exigente con estos, por las razones indicadas, que con otro género de producciones, debemos decir en honor á la verdad que la obra del señor Cibeira, no reúne estas indispensables condiciones; sin embargo, es jóven y con decidida vocacion á las letras, ademas es paisano nuestro, á cuyas circunstancias se debe sin duda que el público acogiese con marca de benevolencia *Un novio para Rosita*.

Creanos el jóven poeta, por que se lo decimos con toda la sinceridad de nuestra alma; dedíquese por hoy con entusiasmo al cultivo de la poesia lírica, y alcanzará mas aplausos que en la literatura dramática, senda erizada de espinas y escollos, aun para los mas inspirados vates.

ORENSE.—1875.

Imprenta de José M. Ramos.

Colon, 16.